El surgimiento de una nueva elite empresarial en Chile: 1830-80

di Ricardo Nazer

2.1 Introducción

En 1862 Alberto Blest Gana publicaba en Chile la novela Martín Rivas¹. Esta notable obra de costumbres sociales y políticas, un clásico de nuestra literatura, daba cuenta de la sociedad chilena de mediados del siglo XIX y, en especial, de un nuevo tipo empresarial. La obra gira en torno a la familia de Don Dámaso Encina, que representaba al emergente empresariado minero que amagaba a la tradicional elite terrateniente y aristocrática:

Don Dámaso se estableció en Copiapó como agente de la casa de comercio de Valparaíso, en la que había servido, y administró por su cuenta algunos negocios -minería- que aumentaron su capital [...] pocos años más tarde compraba un valioso fundo de campo cerca de Santiago y la casa [...]. Gracias a ésta la familia de don Dámaso era considerada como una de las más aristocráticas de Santiago [...]. La familia de Don Dámaso Encina era noble en Santiago por derecho pecunario y, como tal, gozaba de los miramientos sociales por la causa que acabamos de apuntar. Se distinguía por el gusto hacia el lujo, que por entonces principaba a apoderarse de nuestras sociedad, y aumentaba su prestigio con la solidez del crédito de don Dámaso, que tenía por principal negocio el de la usura en grande escala, tan común entre los capitalistas chilenos².

Por la misma época (1865) el naturalista y científico extranjero Claudio Gay, contratado por el gobierno para escribir una historia de Chile, se refería elogiosamente a este nuevo tipo empresarial en su obra Agricultura Chilena³:

2. Ivi, p. 66.

^{1.} A. Blest Gana, Martin Rivas, Madrid 1983.

^{3.} C. Gay, Historia física y política de Chile. La agricultura, Santiago 1866, p. 217.

Negociantes y mineros [escribía] son los que bastante acostumbrados al trabajo y al movimiento de la plata, y conociendo además los resultados de un anticipo en una especulación, saben gastar sus capitales y se apresuran convenientemente para poner sus haciendas en estado de prosperidad. Tienen más experiencia que los antiguos hacendados del poder de estos capitales y se apresuran a disponer de una parte de los productos de su primitivo trabajo para crearse ellos nuevas riquezas. La experiencia ha demostrado que bajo la dirección de las personas ricas y especialmente de los mineros es como las haciendas de escaso valor se han convertido al cabo de algunos años en un manantial de riqueza y de grandes productos⁴.

Ambas obras daban cuenta de un nuevo tipo empresarial que constituyó una elite emergente que, en un rápido ascenso, tomó el control de las principales áreas de la economía chilena y, aunque dependiente del capitalismo inglés, constituyó un grupo dinámico y progresista durante el siglo XIX. Una lista de las principales fortunas chilenas, publicada por Vicuña Mackenna en el diario "El Mercurio" del 26 de abril de 1882⁵, demostraba lo anterior, al señalar que las nuevas fortunas proveniente de la minería, industria, comercio y crédito sumaban 134.500.000 pesos, y las antiguas provenientes de la agricultura, 24.500.000 pesos. Las primeras representan el 84,3% y las segundas el 15,3%.

Las ocho mayores fortunas corresponden a familias de origen minero y mercantil, con el 50,7% del total, lo que indicaba una altísima concentración, lo cual daba cuenta del conjunto de cambios que habían operado en la sociedad chilena producto de la inserción de nuestra economía en la corriente del capitalismo mundial.

En este artículo intentaremos entonces dar cuenta del ascenso de esta elite, destacando el contexto económico de su desarrollo, el nuevo tipo empresarial surgido, la estructura y administración de sus empresas, su mentalidad y sociabilidad en su constitución como una emergente burguesía en el Chile decimonónico.

Minería y crecimiento económico

A partir de la década de 1820, una vez consolidado el proceso emancipador del imperio español, la sociedad chilena comenzó a experimentar un importante desarrollo. Este primer ciclo de expansión se extendió desde la década de 1830 a 1878 y se caracterizó por un proceso de reorganización del Estado repúblicano, atribuida a la gestión del

^{4.} Ibid.

^{5. &}quot;El Mercurio", 26 de abril de 1882.

ministro Diego Portales durante la presidencia del general Joaquín Prieto (1831-1841); por la inserción de la economía chilena en la internacional a través del auge de las exportaciones, fundamentalmente plata, cobre y trigo; y por el proceso de renovación intelectual con el surgimiento de las ideas liberales promovidas por entusiastas políticos e intelectuales influenciados por el liberalismo europeo⁶.

El período de organización del Estado tuvo como base el establecimiento de una república estable y eficaz, sobre la base del edificio institucional, afincado en la Constitución de 1833⁷. La Carta Fundamental contenía el pensamiento político del ministro del Interior Diego Portales, a quien se le atribuye la organización de la república. Su pensamiento se resumía en la siguiente frase «un gobierno obedecido, fuerte, respetado y respetable»⁸, lo que llevado a la práctica se tradujo en el robustecimiento del poder presidencial, caracterizado por su autoritarismo y la eficiencia realizadora⁹.

El orden político impuesto por la constitución portaliana no se habría armado con tanta eficacia, si no hubiera contado con un sólido basamento económico que lo sustentara. En primer lugar. Chile no vió afectada su capacidad productiva, debido a las guerras de la Independencia, manteniéndose la estructura productiva minera y agrícola¹⁰. En segundo lugar, el auge de la minería, con los descubrimientos de los minerales de plata de Arqueros (1825), Chañarcillo (1832) y Tres Puntas (1848), y el desarrollo de la minería del cobre, dieron inicio a un prolongado auge de las exportaciones mineras¹¹. La expansión de las actividades mineras en el Norte Chico provocó un fuerte aumento de la demanda de productos agropecuarios. Esto reanimó la agricultura sureña y dio un fuerte estímulo al transporte de cabotaie12. La economía chilena comenzó a experimentar un importante crecimiento: el comercio exterior empezó lentamente a desarrollarse y las exportaciones fueron en aumento. El libre comercio decretado por la nueva república permitió el desplazamiento de España por parte de Inglaterra, dando inicio a la inserción del país al sistema económico mundial a través de una economía exportadora minera (plata y cobre)

^{6.} C. Cariola y O. Sunkel, Un siglo de historia económica de Chile: Dos ensayos y una bibliografía 1830-1930, Madrid 1982, pp. 25-35.

^{7.} Ivi, p. 25.

^{8.} N. Duchens, Historia y geografía de Chile, Santiago 1982, p. 136.

^{9.} Ivi, p. 136.

^{10.} Cariola, Sunkel, Un siglo cit., p. 23.

^{11.} Ivi, p. 25.

^{12.} Ivi, pp. 25-6.

y agrícola (trigo y harina)¹³. Como esta relación no podía operar en un solo sentido, las manufacturas inglesas, que la economía chilena requería para sus inversiones y consumo, incrementaron las importaciones y dieron lugar a la instalación, en nuestros principales puertos y ciudades, de agentes y casas mercantiles británicos, que prontamente desplazaron al tradicional mercader español¹⁴.

La gran mayoría se instaló en Valparaíso transformando el puerto en el emporio comercial del Pacífico Sur¹⁵. Desde el puerto, las casas mercantiles extranjeras comenzaron a tomar el control del comercio exterior, en especial del principal producto de exportación nacional: la minería cuprífera. A mediados de siglo, el comercio exterior estaba completamente controlado por las casas comerciales extranjeras, quedando los sectores productivos internos principalmente en manos de empresarios nacionales¹⁶.

La base de todo este desarrollo descansaba en la minería cuprífera. Efectivamente la exportación de minerales de cobre comenzó a aumentar espectacularmente a partir de la década de 1820, llegando a constituir, hacia mediados de siglo, más del 50% de nuestras exportaciones, haciendo de Chile el principal productor de cobre del mundo¹⁷. Dos son los factores que explican principalmente esta situación: una abundante disponibilidad de yacimientos de alta ley y vetas de fácil acceso, que demandaban un nivel muy módico de inversión en capital fijo y aseguraban una alta rentabilidad; y una creciente demanda internacional, que comienza a manifestarse a partir de la década de 1830 a raíz de la Revolución Industrial, y que siguió en ascenso durante el resto del siglo¹⁸.

Inglaterra fue el principal importador de cobre durante este período. En una primera etapa, a mediados de la década de 1820, las inversiones británicas se orientaron hacia el sector productivo, surgiendo sociedades para explotar minas en Chile. Estas, sin embargo, arrastraron fuertes pérdidas y evolucionaron rápidamente hacia la quiebra. Pese a ello, numerosos técnicos, agentes y mineros que llegaron con

^{13.} R. Nazer, José Tomás Urmeneta: un empresario del siglo XIX, Santiago 1994, p. 31.

^{14.} Ivi, p. 32.

^{15.} J. Garreaud, La formación de un mercado de tránsito Valparaíso 1817-1848, en Nueva Historia, 11, Londres 1991.

^{16.} E. Cavieres, Comercio chileno y comerciantes ingleses 1820-1880: Un ciclo de historia económica, Valparaíso 1988.

^{17.} L. Ortega, Auge y ocaso del cobre en Chile 1820-1880, Santiago 1991.

^{18.} Nazer, José Tomás cit., p. 31.

estas compañías permanecieron en el país, participando en la minería

como fundidores, mineros y habilitadores19.

La creciente demanda internacional de cobre, las inversiones realizadas por los capitalistas extranjeros radicados en el país y la oferta de capital inglés a través de las casas mercantiles, provocaron un creciente desarrollo de la explotación de las minas conocidas, y también el descubrimiento y explotación de otras nuevas. Los primeros yacimientos en ser explotados fueron aquellos que se conocían desde la Colonia, muchos de los cuales habían sido abandonados al llegar al nivel de los sulfuros; sin embargo, la introducción de hornos de reverbero y calcinación, a comienzos de la década de 1830, provocó un cambio fundamental en la explotación del cobre al permitir la explotación de los minerales sulfurados²⁰.

Durante el período 1820-1855, la explotación cuprífera aumentó notablemente en respuesta a una acrecida demanda mundial. Durante la primera mitad del siglo XIX el país llegó a ocupar, durante el decenio de 1840, el segundo lugar como productor mundial, con el 20% de la producción total, elevándose en la segunda mitad del siglo XIX al primer lugar²¹.

La producción chilena de cobre fino alcanzó durante la década de 1860 un promedio anual de 39.101 toneladas métricas, aumentando en la siguiente a un promedio anual de 46.109 toneladas métricas. En 1876 se alcanzó la máxima producción anual del siglo, con 52.308 toneladas. El sistema productivo que permitió esos logros, sin embargo, se caracterizaba en general por la dispersión de las faenas en diferentes unidades productivas, con una baja inversión en mecanización, y una dependencia excesiva en la alta ley de los minerales. Solamente las llamadas "minas jefes" de los minerales alcanzaron algún grado de modernización, incorporando máquinas a vapor. En resumen, la minería extractiva mantuvo un sello predominantemente artesanal, pre-capitalista.

Donde sí hubo modernización fue en el transporte de los minerales y la fundición de éstos en ejes y barras. Al finalizar la década de 1870, los principales yacimientos de cobre ya estaban comunicados con los puertos de embarque por medio de ferrocarriles. Al mismo tiempo, y como se mencionó más arriba, surgió una importante industria de fundiciones. Los hornos de reverbero se multiplicaron por los distintos minerales y surgieron establecimientos de fundición que incorporaron tecnología de punta, los que apoyados por la aparición de una industria

^{19.} Cavieres, Comercio cit., p. 181.

^{20.} Nazer, José Tomás cit., p. 32. 21. J. Przeworski, The Decline of the Copper Industry in Chile and the Entrance of North American Capital 1870-1916. New York 1980, p. 32.

carbonífera en el sur constituyeron una verdadera "vanguardia indu-

strial" en el país22.

La exportación de cobre se componía de tres tipos de productos: minerales de cobre de alta ley (25%), ejes de cobre (cobre semi-elaborado en hornos de reverbero con una ley de 50%) y cobre en barra. Hasta 1870, el 50% de la exportación era cobre en barra, el resto se repartía aproximadamente entre un 25% de ejes y otro 25% de minerales de cobre. En la década de 1870 disminuyó drásticamente la exportación de minerales de cobre y ejes, alcanzando la exportación de cobre en barra, en el período 1875-1879, el 80,9 % del total exportado.

Los principales mercados para el cobre chileno eran Gran Bretaña (75,9% en 1864 y 95,6% en 1873), Francia (21% en 1864 y 2,6% en 1873) y, en menores proporciones, Estados Unidos, Alemania y Bélgica. Hay que considerar que la comercialización del cobre era controlada por los casas mercantiles británicas, y a través de sus puertos el cobre

entraba a Europa²³.

El espectacular crecimiento experimentado por la plata y el cobre convirtió al sector minero en la principal fuente de riqueza pública y privada de Chile durante el siglo XIX. El Estado, a través de impuestos a la producción de plata y la exportación de cobre, obtenía cuantiosos recursos: la plata y el cobre representaban en promedio alrededor del 78% de los minerales exportados, los que su vez aportaban sobre el 50% del total de las exportaciones de Chile. Por otra parte, las divisas que ellos generaban incentivaban un comercio de importación que también contribuía significativamente al ingreso fiscal, de modo que no es exagerado sostener que esos dos metales constituían, directa e indirectamente, lo más importante de la riqueza pública del país. Sólo a partir de 1880 comienza a disminuir su incidencia, al surgir el salitre como nuevo sostenedor de la economía nacional.

La riqueza pública y privada generada por la minería se dejaba entrever en cada una de las obras modernizadoras emprendidas por los gobiernos y los empresarios de la época: en los ferrocarriles, tanto del norte minero como entre Valparaíso y Santiago, y Santiago al sur; en el desarrollo urbano, expresado en tranvías, alumbrado a gas, agua potable y barrios nuevos; en la modernización de las instituciones financieras, con la aparición de los primeros bancos y compañías de seguros; en la marina mercante, con el surgimiento de una flota de vapores; en la modernización de la agricultura; en la educación y la cultura, con la

23. Nazer, José Tomás cit., p. 67.

^{22.} Ortega, Auge y ocaso cit., y J. Pinto y L. Ortega, Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado. Chile: 1850-1914, Santiago 1990.

instalación de universidades y colegios. En suma, la artesanal minería de la plata y el cobre había alcanzado la condición indiscutida de "motor" de la economía chilena, base del proceso modernizador decimonónico y de la consolidación de Chile como república soberana.

Sin embargo, a partir de la década de 1870 comenzó a manifestarse a nivel internacional un fenómeno económico que traería enormes repercusiones para la economía nacional: una sostenida caída de precios de todos los bienes transables. Este fenómeno tuvo causas monetarias y tecnológicas. La monetaria obedeció a la adopción del patrón oro por parte de las principales naciones del mundo, lo que provocó una baja de precios de los bienes que se comercializaban internacionalmente. La tecnológica o productiva, por su parte, estuvo relacionada con el desarrollo de nuevos medios de comunicación y transporte, y de nuevas aplicaciones tecnológicas para la producción en gran escala, lo que significó un auge de la oferta de bienes que al superar la demanda provocó el colapso de los precios de tales productos²⁴.

En la minería nacional, este fenómeno tuvo un efecto demoledor. Los precios internacionales de la plata y el cobre cayeron en forma espectacular en las dos últimas décadas del siglo XIX. La plata, que se transaba en 1861 en 61 peniques la onza standard, para 1900 se había deslizado a 28 peniques, una baja de alrededor de dos tercios. Asimismo, a partir de 1875, los precios del cobre comenzaron a caer significativamente debido a un constante aumento de la oferta. En 1890, el precio del cobre era la mitad de lo que había sido en 1870²⁵. Este último proceso estuvo ligado a una oferta amplia, y más barata, procedente de nuevos productores de alta eficiencia en España y Estados Unidos²⁶.

La minería chilena fue incapaz de hacer frente a los nuevos competidores, iniciándose una crisis general que aumentaría con el correr de los años. Mientras la demanda de cobre aumentaba debido a los desarrollos de la electricidad, elevando la producción mundial de 156.000 toneladas, en 1880, a 500.000 toneladas en 1900, la producción nacional apenas se mantenía en su media: en 1880, con 39.159 toneladas, representaba el 25% de la producción mundial; para 1900 bajaba a 27.700 toneladas, que sólo aportaban un 5,5% de la producción mundial²⁷.

^{24.} Ortega, Auge y ocaso cit., pp. 9-10.

^{25.} Ibid.

^{26.} A. Sutulov, Minería chilena: 1545-1975, Santiago 1976, pp. 82-4.

^{27.} M. Gerardo Paipote, El difícil itinerario de la fundición nacional. En Fundición y territorio. Reflexiones históricas acerca de los origines de la Fundición de Paipote, Santiago 1992, pp. 191-4.

Aparte del surgimiento de nuevos competidores y la caída del precio del cobre, factores internos explican la incapacidad de Chile para mantener su liderazgo anterior: un sistema productivo de características artesanales, basado en la explotación de minerales de alta ley con un bajo nivel de mecanización en las labores productivas; el agotamiento de los minerales de alta ley; una legislación minera que no daba seguridades a la inversión; cierta incapacidad empresarial para innovar en la explotación de los minerales, lo que hubiera exigido la introducción de nuevas tecnologías, formas de explotación y de administración; y una escasez relativa de capitales para afrontar la modernización.

Así, la crisis derivó en una lenta decadencia que se prolongó hasta bien entrado el siglo XX. Sin embargo, para la economía interna la situación no alcanzó las características de catástrofe, debido al surgimiento de un nuevo producto minero, el salitre, como nuevo sostenedor de las arcas nacionales. Precisamente en la década de 1880, finalizada la Guerra del Pacífico, comenzaba el auge salitrero del Norte Grande, generando a través de los impuestos a la exportación grandes recursos para el Estado, los que a fines de siglo representaban el 56% de las rentas ordinarias del país. Además captó la mano de obra desocupada de la zona minera del Norte Chico. Se cerraba así un ciclo de desarrollo económico (1830-1878) y comenzaba uno nuevo, denominado salitrero (1880-1930)²⁸.

2.3 El empresariado minero

Durante la Colonia, los hombres dedicados al negocio de la minería constituían un grupo pequeño y marginal a la elite terrateniente y mercantil. Originalmente dueños de haciendas de poca extensión del Norte Chico y de algunas localidades de la Zona Central, que a través de habilitaciones, préstamos, mantención de "ingenios", adquisición de minerales y transporte se dedicaron por completo a la minería: «los mineros no amasaron grandes fortunas, su cultura fue muy pobre y no tuvieron voz en los asuntos públicos»²⁹.

Durante las décadas de 1820 y 1830, producto de los cambios significativos en la minería de la plata y el cobre, un importante número de extranjeros comienza a dedicarse a esta actividad. Se instalan en los distritos mineros a desarrollar labores de habilitación, compra y venta

^{28.} Cariola v Sunkel, Un siglo cit., p. 41.

^{29.} S. Villalobos, Origen y ascenso de la burguesía chilena, Santiago 1987, p. 48.

de minerales y explotación de minas; introduciendo nuevas formas de asociación, crédito, explotación de los minerales y adelantos en la fundición de éstos³⁰. Conjuntamente con esos extranjeros, un importante número de mineros y mercaderes nacionales participa de la explotación de los antiguos y nuevos yacimientos, para satisfacer la creciente demanda de minerales de cobre³¹.

Al mismo tiempo las más importantes casas mercantiles de Valparaíso comienzan a suministrar créditos, vía habilitación, y participan de la venta de estos minerales, dando lugar a un complejo sistema de financiamiento y comercialización de la minería del cobre³². El espectacular crecimiento de las exportaciones de minerales permitió rápidamente la acumulación de grandes fortunas en manos de extranjeros radicados en el país y de nacionales. Algunos hicieron su fortuna gracias al descubrimiento y explotación de ricos yacimientos de plata y cobre, o mediante el levantamiento de fundiciones; otros, en cambio, participaron en la minería como "habilitadores", obteniendo grandes utilidades al comercializar los productos³³.

Los extranjeros radicados en el país que habían hecho fortuna en la minería eran los siguientes: Jorge Edwards, Juan Sewell, Alejandro Walker, Carlos Lambert, Thomas Patrickson, Santiago Cameron, Francisco Subercaseaux, José A. Gallo, David Ross, Thomas Kendall, Edward Abbott, Bernardino Codecido, José Sayago, Tomás Chadwick, Eduardo Miller, Antonio Escobar y otros. Más las casas mercantiles: Hamenway y Cía., Gibbs y Cía., Dickson Price y Cía., Brittain Wad-

dington, Alsop y Cía34.

En cuanto a los chilenos eran: Ramón Goyenechea, Juan José Echeverría, Bernardo del Solar, José Tomás Urmeneta, Francisco Ignacio Ossa, Ramón Subercaseaux Mercado, Mariano Aristía, Francisco Garín, Miguel Gallo Vergara, José María Codecido, Pedro León Gallo, Matías Cousiño, Luis Cousiño, Agustín Edwards Ossandón, Joaquín Edwards, Maximiano Errázuriz, Pedro Díaz Gana, José Santos Ossa, José Antonio Moreno, Ramón Ignacio Goyenechea, Gregorio Ossa, Ramón Ovalle, Adrián Mandiola, Jorge Rojas Miranda, José Ramón Ossa³⁵.

La gran mayoría de estos hombres, tanto los extranjeros como los

^{30.} G. Salazar, Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX, Santiago 1985, p. 197.

^{31.} Nazer, José Tomás cit., p. 50.

^{32.} Cavieres, Comercio cit., pp. 143-4.

^{33.} Ivi, pp. 144-79.

^{34.} Lista en base a: Villalobos, Origen cit., p. 49 y Cavieres, Comercio cit., pp. 61-85.

^{35.} Villalobos, Origen cit., p. 50.

chilenos, no pertenecían a la tradicional elite terrateniente y mercantil. Por el contrario, los extranjeros tenían un origen humilde, habiendo llegado a nuestras costas como simples empleados o agentes de compañías o casas mercantiles extranjeras, otros en cambio como simples aventureros. Por su parte, el grupo nacional tenía su origen en familias de mercaderes de segunda categoría, familias mineras o personajes con talento y estudios que, si bien estaban conectados familiarmente a la elite, patrimonialmente estaban muy lejanos. Todos, sin embargo, tuvieron la visión del emergente negocio minero y la capacidad empresarial para lograr un notable patrimonio que en una década o dos los tenía entre los hombres más ricos de Chile³⁶.

Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, el nuevo grupo empresarial había consolidado su fortuna. Inmediatamente se trasladó a Santiago y Valparaíso, donde dieron inicio a espectaculares negocios, diversificando sus inversiones en múltiples sentidos, dando claras muestras de ser una nueva generación empresarial dispuesta a invertir y modernizar el mundo de los negocios al más puro estilo capitalista. Los más notables empresarios mineros levantaron verdaderos "imperios", pues sus inversiones abarcaron tanto el sector minero como los financieros, industriales y agrícolas. Ellos fueron Agustín Edwards, Carlos Lambert, Matías Cousiño, José Tomás Urmeneta, Ramón Subercaseaux, entre los más importantes³⁷.

La labor de estos empresarios es valorada por el historiador Sergio Villalobos con las siguentes palabras:

qué habría sido de Chile y lo que seríamos hoy si no hubiese habido en el siglo XIX un dinámico grupo de mineros del cobre y de la plata en Atacama, pioneros del ferrocarril y la navegación a vapor, industriales arriesgados y banqueros activos. Ellos fueron los que juntaron capitales, realizaron inversiones, exploraron el territorio, trajeron técnicos y maquinarias y expusieron su fortuna en negocios audaces. Sin ello habría que imaginar un país de tono rural y atrasado³⁸.

En definitiva había surgido una nueva elite empresarial, que era la base de una emergente burguesía nacional y se diferenciaba abiertamente de la tradicional elite terrateniente y mercantil; sin embargo, esta última, dueña de la tierra y con autoridad sobre la mayoría de la población campesina, mantenía el control sobre el poder político.

^{36.} Nazer, José Tomás cit., p. 50. 37. Villalobos, Origen cit., p. 50.

^{38.} Ibid.

2.4 Estructura de inversiones y administración

Una manera de analizar el impacto sobre la economía y la sociedad en general de la nueva elite empresarial resulta del estudio de sus inversiones y las nuevas formas de administración introducidas en el mundo de la negocios del Chile del siglo XIX. Si nos remontamos a fines de la época colonial latinoamericana observaremos que el capitalismo mercantil tenía como figura principal a los mercaderes instalados en los puertos, que controlaban el comercio de importación-exportación.

Como eran muchos los riesgos que acechaban a estos mercaderes, como consecuencia de la estrechez e incomunicación de los mercados, de la fuerte oscilación de los precios, la pobre información, el transporte precario y los peligros de los viajes por mar y tierra. Estos, como por ejemplo en México, diversificaban sus negocios invirtiendo en bienes urbanos, haciendas agrícolas, fábricas artesanales, minería y crédito, y compartían sus riesgos formando sociedades colectivas con otros mercaderes, para emprender negocios arriesgados³⁹.

La situación en Chile era similar. Los mercaderes de Santiago y Valparaíso operaban diversificando sus inversiones y con una estructura de administración familiar⁴⁰. Podemos nombrar a José Urrutia y Mendiburu, Rafael Beltrán, José Ramírez Saldaña, Manuel Riesco y otros⁴¹. José Tomás Ramos es otro ejemplo, en este caso durante la primera mitad del siglo XIX. Ramos operaba en el puerto de Valparaíso: «era propietario de barcos, despachaba sus efectos al extranjero sin vender [a consignación], ocupaba agentes, y por último actuaba como comisionista y agente»; pero, al contrario de Beltrán, Ramos no incorporó a sus parientes en sus negocios, marcando un cambio en la mentalidad empresarial a comienzos de la República⁴².

Como hemos señalado, el surgimiento de las jovenes repúblicas latinoamericanas y su incorporación a la economía mundial significó el surgimiento de una nueva elite empresarial. Esta tuvo –a partir de la década de 1850– la posibilidad de volcar sus utilidades en la economía nacional, mostrando una nueva forma de invertir los capitales, de asociación y administración de los negocios. La norma fue diversificar sus

^{39.} J. Kicza, Empresarios coloniales: familias y negocios en la ciudad de México durante los borbones, México 1986, pp. 46-7.

^{40.} Villalobos, Comercio cit., pp. 201-21 y C. Vargas y T. Ramos Font, Una chilena del siglo XIX, Santiago 1988, pp. 46-7.

^{41.} Villalobos, Comercio cit., pp. 201-21.

^{42.} Vargas y Ramos Font, Una chilena cit., pp. 64-5, 212.

inversiones con una tendencia a la especialización y la integración vertical. La administración de las empresas ya no tuvo el marcado carácter familiar, introduciéndose nuevas formas de administración y contabilidad, tomando los modelos que imponían los extranjeros avecindados.

La nueva elite empresarial diversificó sus inversiones por las mismas razones que los empresarios coloniales: aminorar los riesgos que implicaba tener toda la fortuna en una sola empresa, en una economía con un importante crecimiento, pero que dependía totalmente de los mercados internacionales alejados y de vías de comunicación y transporte precarias. También debemos considerar las posibilidades de inversión que ofrecía la economía: teniendo tal cantidad de capitales, resultaba natural que invirtieran en diferentes empresas, buscando rápidas y altas rentabilidades, como fue el caso de las inversiones financieras.

Los empresarios que más se destacaron en la creación de empresas, diversificando sus capitales, fueron los mineros; también fueron los que tendieron a la especialización y a la integración vertical. Urmeneta, Edwards y Cousiño representan los casos más notables de la época. Los tres hicieron su fortuna en la minería; el primero con sus minas de cobre; el segundo mediante la habilitación y comercialización de minerales; y el tercero, a través de un afortunado matrimonio con la viuda del más rico minero de la plata. En la década de 1850 se trasladan al centro del país —Santiago y Valparaíso—, invirtiendo sus capitales, originados en la minería, en instituciones de crédito, sociedades anónimas, haciendas agrícolas, bienes raíces y molinos entre sus inversiones más importantes.

Esta diversificación de capitales se ve acompañada de importantes inversiones que tienden a la especialización. Dentro de la minería, el sector más dinámico de la economía y generador de sus fortunas, el conocido prestamista y habilitador minero Agustín Edwards se vuelca naturalmente hacia el sector financiero, convirtiéndose en el más importante banquero del puerto, controlando con su crédito las más importantes áreas productivas del país y dando inicio a un imperio económico que se mantiene hasta nuestros días. El empresario cuprífero José Tomás Urmeneta se convierte en el "hombre del cobre", a través de grandes inversiones en minas de cobre, la instalación de una importante red de fundiciones, caminos, ferrocarriles y de naves que trasladaban las materias primas. Un amplio sistema de crédito, le permitía producir alrededor del 35% del cobre en barra del país. Otro empresario minero, Matías Cousiño, traslada sus capitales al carbón, tranformándose en el principal productor del país, al tiempo que sus inversiones se dirigían hacia empresas que requerían el consumo de carbón y, por último, instalaría una importante fundición de cobre en las cercanías de las minas de carbón y una fábrica de ladrillos refractarios.

La tendencia hacia la especialización productiva, con inversiones dirigidas a la integración vertical que busca minimizar los costos es una realidad que se da en los grandes empresarios; pero esto se da en el plano de la inversión principal del empresario, el que está ya cubierto de los riesgos que ella significaba, con una amplia diversificación de sus inversiones. Matías Cousiño, nuevamente, es el empresario minero más destacado en la integración vertical de sus inversiones: dueño de las principales minas de carbón del país, en Lota y Coronel, había levantado una importante fundición de cobre en la zona, contando con una flota de vapores para el traslado de las materias primas; de esta manera, las naves que Cousiño despachaba desde Lota a los puertos del norte cargadas de carbón, retornaban con minerales de cobre para alimentar su fundición⁴³.

Los mercaderes nacionales, por su parte, desplazados del control del comercio de importación-exportación por las casas mercantiles extranjeras, trasladaron sus capitales a otras actividades, siguiendo la norma de la diversificación y la especialización, en una tendencia a la integración vertical. Es el caso citado del comerciante José Tomás Ramos: a partir de la década de 1850 gran parte de su capital se traslada a los bienes raíces, acciones en sociedades anónimas, una hacienda, y la compra y modernización de dos importantes haciendas productoras de azúcar en el Perú. En esta última inversión, Ramos se especializa en uno de los tantos productos que tenía en su comercio, presentando cierta integración vertical, al disponer de la infraestructura de su casa comercial para la venta y distribución del azúcar⁴⁴.

La administración de estas empresas perdió el carácter familiar que tenía en la Colonia, pero se mantuvo la dirección centralizada en torno al gran empresario. Ahora, cuando se incorporaba como socio a un hijo o un yerno en alguna empresa, era con el fin de ayudarlo a surgir en el mundo empresarial, más que integrarlo para tener un control efectivo y seguro del negocio.

La estructura administrativa de las empresas también adquirió nuevas características, producto de la influencia extranjera; la incorporación de las sociedades anónimas también marcó nuevas pautas de asociación y administración: el antiguo administrador dio paso en las mayo-

44. Vargas y Ramos Font, Una chilena cit., pp. 212-45.

^{43.} F. Silva, Notas sobre la evolución empresarial chilena en el siglo XIX, en Empresa privada, Valparaíso 1978, pp. 92-3.

res empresas, al gerente, al ingeniero, al contador, los técnicos y una nueva masa de trabajadores proletarios. Se comenzó a dar importancia a la experiencia y a los conocimientos técnicos, con lo que los extranjeros o nacionales con estudios en Estados Unidos o Europa, mejor preparados y con mayores estudios, tomaron la dirección de las grandes empresas del país, tanto en los mandos superiores como intermedios.

Un análisis de la diversificación de las inversiones de los empresarios mineros nos permitirá observar de qué manera el flujo de estos capitales hacia otros sectores de nuestra economía –financieros, industriales, agrícolas y urbanos— permitieron el desarrollo de formas modernas de inversión, asociación y administración, propias del

nueva sistema capitalista que se imponía en el mundo.

La actividad financiera a comienzos de nuestra vida republicana se caracterizó por la falta de instrumentos de cambio e instituciones de crédito modernas que facilitaran el desarrollo económico del país, obligando el surgimiento natural de un mercado de crédito⁴⁵. Al respecto, Fernando Silva expone: «Cuando las necesidades crediticias de la agricultura, de la minería y de los incipientes establecimientos fabriles no pudieron ser suplidas por las fuentes tradicionales surgieron al margen de toda legislación, sociedades y personas especialmente a ofrecer crédito»⁴⁶.

A su vez Eduardo Cavieres sostiene que la acumulación de capitales se concentró principalmente en las casas comerciales extranjeras y en los empresarios del sector minero: «con las utilidades obtenidas en la producción y comercialización de minerales, ellos pudieron expandir sus actividades mercantiles, situación que facilitó la participación en actividades financieras, como la banca y sociedades anónimas»⁴⁷.

La creciente expansión del mercado interno, la necesidad de crear nuevas empresas y la constitución de un sistema financiero moderno, eran tareas que la nueva elite empresarial debía enfrentar; por otra parte

la transformación de los medios tradicionales de producción como la adopción de nuevas formas de explotación y refinamiento en actividades mineras y el fuerte proceso de urbanización de algunos centros urbanos del país, influyeron igualmente en la emergencia de asociaciones económicas que pudiesen

46. Silva, Notas cit., p. 76.

^{45.} Cariola y Sunkel, Un siglo cit., pp. 22-4.

^{47.} E. Cavieres, Estructura y funcionamiento de las sociedades comerciales de Valparaíso durante el siglo XIX (1820-1880), en "Cuadernos de Historia" 4, 1984, pp. 61-70.

canalizar en mejor forma las actividades empresariales y movilizar mayores cantidades de capital⁴⁸.

A mediados del siglo XIX, comienzan a formarse naturalmente sociedades que reúnen grandes capitales e invierten en la construcción de ferrocarriles, en la organización de la banca y el establecimiento de compañías de seguros. La dinámica actividad financiera y la natural formación de sociedades anónimas, con masiva acumulación de capitales, hacen evidente la necesidad de legislar⁴⁹. Así se promulgó la Ley de Sociedades Anónimas –1854–, la Ley de Bancos –1860– y se autorizó al gobierno para preparar una reforma profunda a la legislación económica existente, que culminó en 1865, cuando el Congreso aprobó un nuevo Código Comercial que reemplazó a la colonial Ordenanza de Bilbao⁵⁰.

Surgen entonces numerosas sociedades anónimas, mayoritariamente en Valparaíso, que era el centro financiero del siglo XIX. Un estudio del citado Eduardo Cavieres respecto de las sociedades anónimas organizadas en el puerto, entre 1850-1880, indica los porcentajes del capital total de las sociedades anónimas creadas, invertido en diferentes actividas económicas. Entre los años 1851-1859, el 64,2% se había destinado a ferrocarriles, el 18,03% a bancos y el 9,01% a seguros; para los años comprendidos entre 1860-1869, los bancos representan el 73,63%, seguros el 9,01% y ferrocarriles el 6,1%; y en los años 1870-1879, el 32,72% bancos, sociedades mineras el 32,6% y seguros el 11,9%⁵¹.

Como podemos observar, las principales inversiones se concentraron en actividades financieras, compañías de seguros y operaciones bancarias; más atrás, las actividades de servicios, ferrocarriles e infraestructura urbana y, en forma más reducida, las actividades minera e industrial. El alto porcentaje en sociedades mineras de la década del 1870 corresponde al auge de las explotaciones de plata en el mineral norteño de Caracoles, fenómeno especulativo concentrado entre 1871 y 1873 de incierto resultado. En el caso de inversiones industriales, éstas son mínimas, revelando claramente las características del sistema económico que estaba surgiendo.

Respecto a los socios y accionistas que concurrieron a la formación de este sector financiero, invirtiendo mediante sociedades anónimas, el mismo estudio indica que respecto al monto de las inversiones, éstas se

^{48.} Ivi, pp. 69-70.

^{49.} Cavieres, Comercio cit., pp. 69-70.

^{50.} Ivi, p. 122.

SI. Ibid.

repartían en dos tipos de inversionistas: nacionales y extranjeros. El primero era un grupo de chilenos reducido, pero con un alto nivel de inversiones, provenientes del sector mercantil y minero, como Edwards, Santos Ossa, Gallo, Urmeneta, Ramos, Alvarez. El grupo extranjero, proveniente mayoritariamente de Inglaterra y, en menos cantidad, de Francia, Alemania, Estados Unidos, Italia y España, era más numeroso y con capitales similares o mayores a los invertidos por los chilenos⁵².

La participación de empresarios mineros en la conformación del sector financiero nacional durante el período arriba referido, no merece discusión: basta con ver la composición de los socios fundadores de la mayoría de la sociedades anónimas formadas durante el período 1855-1878. Sus capitales se dirigieron a la construcción de ferrocarriles, en la zona central y del norte, y a la formación de bancos. Sus inversiones se caracterizaron por el aporte de grandes capitales, que los destacaban como accionistas mayoritarios, pero no era habitual que fueran los gestores de las sociedades, destacándose por el contrario como capitalistas.

En el plano agrícola las inversiones son considerables. Durante el siglo pasado, la agricultura vivió un proceso de crecimiento, basado en la exportación de productos agrícolas, principalmente trigo y harina, hacia los mercados de California, Australia, Perú e Inglaterra. A pesar de las crisis de 1857 y 1873, pudo sobrevivir como sector exportador hasta el término del siglo⁵³. Esto significó que la hacienda tradicional chilena experimentó un significativo proceso de modernización caracterizado por la construcción de canales de regadío, la incorporación de herramientas y máquinarias modernas, la construcción de una red ferroviaria y la incorporación de nuevos cultivos⁵⁴.

Este proceso no fue llevado a cabo por el terrateniente tradicional, sino por una nueva clase de hombres provenientes de la minería, el comercio y la banca, que invirtieron sus capitales en propiedades agrícolas⁵⁵. Por ejemplo, una lista de las haciendas pertenecientes a mineros y comerciantes revela la magnitud y concentración de propiedades agrícolas de alto valor: el banquero Edwards dejó a su muerte las haciendas de Quilpué, La Pena, Los Nogales, San Isidro e Hijuela Larga; el minero Ramón Subercaseaux Mercado era dueño de las haciendas de Pirque, El Llano y Cruceral; el comerciante Josué Wad-

^{52.} Cavieres, Estructura cit., pp. 77-83.

^{53.} Salazar, Labradores cit., p. 157.

^{54.} A. Bauer, Chilean Rural Society; from the Conquest to 1930, Cambridge 1975.

^{55.} Villalobos, Origen cit., pp. 70-7.

dington, de la hacienda de San Isidro; Rafael Aristía, de la hacienda La Palma; el minero José Tomás Urmeneta, de la hacienda de Limache; su yerno Maximiano Errázuriz, de la hacienda de Panquehue⁵⁶; el fundidor Carlos Lambert, de la hacienda de Culiprán; el minero Matías Cousiño, de las haciendas de Macul y El Marco⁵⁷.

Las inversiones más notables para mejorar sus haciendas, estuvieron relacionadas con la construcción de canales y tranques de regadíos, la incorporación de herramientas y maquinarias para la semi-mecanización de la agricultura; y con la vitinicultura mediante el levantamiento de grandes viñas⁵⁸. Sin duda la vitinicultura fue la actividad más sobresaliente: a partir de 1851, con la introducción de las cepas francesas, son cada vez más numerosas las viñas que se levantan, y entre éstas destacan: la viña Urmeneta en Limache, la viña Macul de Cousiño y la viña de Pirque de Subercaseaux⁵⁹.

La inversión de comerciantes y mineros en propiedades agrícolas, aparte de ser un buen negocio, significó el deseo de estos grupos de imitar algunos rasgos de la vida aristocrática tradicional chilena: «se pasaba a ser señor con tierras y a manejar grupos de campesinos obedientes. La enorme casa patronal, con rango de palacete o *chatelet*, estaba siempre para recibir a familiares y amigos en vacaciones. A su alrededor, un parque de especies exóticas, aromos de Australia, castaños de la India [...] creaban el ambiente de fantasía»⁶⁰. El ser dueño de una viña era un título honorífico, que daba derecho a figurar en los grandes torneos de las exposiciones mundiales⁶¹.

Otro sector de inversiones fueron las inmobiliarias. Las iniciativas llevadas a cabo modificaron el paisaje urbanístico de las ciudades de Santiago y Valparaíso, y en menor medida, las capitales de provincia. En la segunda mitad del siglo XIX las ciudades de Santiago y Valparaíso fueron sometidas a un importante proceso de modernización que cambiaría completamente su fisonomía; diversos esfuerzos trataron de darles un aspecto europeo, modelo clásico de la elite chilena decimonónica.

Fue en Santiago, sin embargo, donde se ubicó la residencia de los emergentes grupos empresariales, motivo por el cual desde la década de 1850 fue dotada de alumbrado a gas, se construyó el Teatro

^{56.} Nazer, José Tomás cit., pp. 203-4.

^{57.} Villalobos, Origen, cit., pp. 70-7.

^{58.} L. C. Vergara, Agricultura chilena, Santiago 1938, pp. 251-61.

^{59.} Ivi, p. 261-3.

^{60.} Villalobos, Origen cit., p. 71.

^{61.} Nazer, José Tomás cit. p. 204.

Municipal y una estación Central para el ferrocarril del sur. Al mismo tiempo, se iniciaba un proceso de renovación arquitectónica, con el surgimiento de grandes mansiones siguiendo modelos europeos, que configuraron nuevos barrios de ricos en las calles cercanas a la Plaza de Armas. Sin embargo, en los alrededores de la ciudad, cercano a quintas, chacras y viñas, surgía un mundo de rancherías, producto de las inmigraciones campesinas⁶².

En la década de 1870, el aumento notable de la población de Santiago obligaba a una renovación urbanística, tarea que fue asumida por el intendente Vicuña Mackenna⁶³. El desarrolló un plan para la remodelación de Santiago que contempló la construcción de nuevas avenidas, plazas y paseos; el establecimiento y ampliación de ciertos servicios como agua potable, mercados, mataderos, hospitales y escuelas; y también el saneamiento de los barrios populares⁶⁴.

Otro sector donde la inversión debió haber sido importante era el industrial. Investigadores del tema, como el historiador Luis Ortega, en su trabajo acerca de los orígenes de la industrialización chilena, ha señalado que la

industria manufacturera moderna en Chile anterior a la guerra del Pacífico consistió en un número relativamente reducido de fábricas, cuya importancia productiva y tecnológica era, sin embargo, notable [...]. Más que el punto de partida de la industrialización, la guerra consolidó la primera fase de ese proceso en Chile; después de todo las instalaciones comenzadas una vez iniciado el conflicto habrían iniciado su producción hacia 1881. Fueron entonces los establecimientos existentes los que abastecieron a las fuerzas armadas con parte de los bienes necesarios para llevar a cabo las acciones decisivas de 1879, 1880, 1881⁶⁵.

La última investigación sobre el tema corresponde a un trabajo conjunto de Julio Pinto y Luis Ortega. En él los autores profundizan la «naturaleza de los vínculos que ligaron en Chile a su principal sector exportador, la minería, con esa incipiente industrialización detectada ya desde mediados de siglo y plenamente configurada por el estallido de la primera guerra mundial»⁶⁶. Para los autores, la industrialización no fue un fenómeno desconocido en los países que se especializaron en la producción y exportación de materias primas.

^{62.} Villalobos, Origen cit., pp. 89-96.

^{63.} A. De Ramón, Santiago de Chile (1541-1991), Madrid 1992, pp. 174-6.

^{64.} Ibid.

^{65.} L. Ortega, Acerca de los orígenes de la industrialización chilena 1860-1879, en Nueva Historia, Londres 1981, p. 43.

^{66.} Pinto y Ortega, Expansión cit., p. VI.

En el caso de Chile, señalan, el sector que ofició de "motor industralizador" fue la minería. La inserción de este sector en el mercado mundial obligó a responder a exigencias siempre crecientes de productividad v eficiencia. Esto significó la transformación de los métodos tradicionales de producción, que en la minería sólo se manifestaron en el transporte y refinado de minerales, quedando la parte extractiva en niveles arcaicos. Sin embargo, la minería era el sector más moderno de la economía. Fue precisamente en el transporte y refinado de minerales donde se conformó el primer sector plenamente industrializado del país⁶⁷.

Al establecer la relación de la industrialización como tributaria de la minería en sus inicios los autores analizan las limitaciones del proceso. En primer lugar, un proceso industrializador sustentado en la minería debía sufrir los vaivenes propios de la naturaleza del negocio minero; cabía la posibilidad de que el proceso industrializador se emancipara de la minería para constituirse en el eje central de la economía, pero para que esto fuera posible, la nueva elite empresarial tendría que haber invertido en la gestación de un sector industrial, lo que no sucedió, al volcarse los capitales hacia otros sectores económicos más rentables68

Sin embargo, debemos señalar que el crecimiento industrial no sólo fue frenado por una elite empresarial reacia a "emprender caminos difíciles", sino por las limitaciones propias de una transformación incompleta del sistema económico. Asimismo debemos tener en cuenta que los análisis de riesgo, elemento central en la decisión de inversiones, hacía mucho más prudente para la elite empresarial diversificar sus inversiones. Por último, debemos valorar la actitud progresista y modernizadora emprendida por la nueva elite empresarial que resulta notable en la marcha hacia una sociedad más urbana que rural, más industrial que agrícola, en definitiva más capitalista.

Sociabilidad v mentalidad burguesa

La nueva elite empresarial tuvo cambios culturales importantes. Estos la acercaron al modelo cultural que imponía la burguesía europea y la alejaron del tradicional modelo aristocrático de herencia española. Los nuevos hombres ricos del país, mineros y comerciantes, y las antiguas fortunas de terratenientes, sintieron por igual la influencia y encanto del modo de ser burgués que comenzaba a imponerse en Europa,

^{67.} Ivi, pp. 109-10. 68. Ivi, pp. 110-1.

como resultado del auge del capitalismo. El viejo mundo significaba para estos grupos sociales, según Sergio Villalobos:

el progreso, la ciencia, el arte, el buen gusto y el tono de los altos círculos sociales y no haberlo entendido así habría sido mantenerse en un ambiente local chato, grosero, atrasado y carente de prestigio. El desarrollo de la ciencia y del pensamiento, el progreso económico y el espíritu liberal, eran parte de un cosmopolitismo que embargaba a todas las burguesías. Por eso la visita al viejo mundo, la contratación de sus intelectuales y técnicos, y la suscripción a la Revue Deux Mondes, era más que una postura vanidosa y de moda. Era situarse en los puntos más elevados del momento histórico o, mejor, de toda la historia [...]. Todo eso y muchas otras cosas eran la gran creación de la burguesía, de suerte que los hombres nuevos de Chile y detrás de ellos los aristócratas tenían que sentir su influjo. La dependencia de Europa en todo orden de cosas no era vista en forma conflictiva, sino como una relación dignificante en la que había que participar plenamente⁶⁹.

El caso del empresario minero José Tomás Urmeneta es un perfecto ejemplo de lo anterior. Durante toda su vida, mantuvo un estilo de vida, siguiendo las pautas de la burguesía inglesa: en cada uno de sus actos —que a continuación mencionaremos— Urmeneta dio muestras de esta actitud de admiración e imitación del modo de ser burgués, según las pautas inglesas. El historiador y político decimonónico Vicuña Mackenna planteaba que los tres años que Urmeneta vivió en Inglaterra habrían marcado su carácter: «en el contacto de aquel país, frío pero leal, adquirió los hábitos de guarda de su persona, de comedida etiqueta y aun de traje cuidado y de lenguaje culto que le fueron familiares»⁷⁰.

Más tarde, convertido en un emergente minero en la provincia de Coquimbo, enviaba a sus hijas a Valparaíso a estudiar en un colegio privado inglés, incorporándolas a los círculos sociales ingleses del mundo mercantil del puerto; numerosas cartas dan noticia de fiestas en que las jovencitas alternaban con la sociedad inglesa mercantil del puerto, y aún más, sus hijas tempranamente escriben algunas cartas en inglés, para regocijo del padre. Una vez en posesión de su fortuna, Urmeneta tuvo numeroso personal inglés en sus empresas, a nivel gerencial, técnico e incluso proletario; asimismo, numerosos socios comerciales fueron de esa nacionalidad, lo mismo que muchas de sus amistades, incluso su secretario privado era un inglés, George Smith.

Las inversiones realizadas en su palacio, la Quinta Bella y la

^{69.} Villalobos, *Origen*, cit., p. 78. 70. B. Vicuña Mackenna, *El libro del cobre y del carbón piedra*, Santiago 1965, p. 30.

hacienda de Limache siguen los patrones ingleses en cuanto a remodelación y decoración. El palacio que construyó en la calle Monjitas de la capital, a principios de la década de 1870, era de un estilo gótico inglés; Urmeneta, en pleno centro de Santiago, en medio de viejas y pesadas casas de adobe de estilo colonial, levantaba un castillo gótico al que sólo le faltaban los fantasmas de caballeros medievales. Su hacienda de Limache había sido remodelada a la inglesa: hacia una parte el parque y el "chateau", y hacia la otra, la granja con los departamentos de administración y de labranza. Tenía además un jardinero traído especialmente desde Inglaterra para el parque de Limache.

La adopción del modelo de vida burgués, francés o inglés, estuvo acompañado de un nivel de vida cada vez más refinado y lujoso. Surgieron ostentosas mansiones y palacios, en las que se daban magníficas fiestas, donde los invitados hacían gala y ostentación de sus carruajes, joyas, vestidos y modales refinados; y los dueños de casa de sus finos muebles, vajillas de plata y de una cena opulenta, servida por garzones tiesos vestidos a la usanza europea. Parecía que los ricos rivalizaban con sus mansiones y palacios surgiendo los más variados estilos y diseños: el mencionado Urmeneta construyó un palacio gótico, Ignacio Ossa, una réplica de la Alhambra y muchos otros por el mismo estilo.

Otro ámbito de sociabilidad y mentalidad de la emergente burguesía fue la filantropía. Los magnates del país ayudaban con generosos donativos, y muchos de ellos tomaron la dirección de establecimientos de caridad, invirtiendo su tiempo y su dinero en tan noble tarea; otros preferían dejar en sus testamentos a una u otra institución, importantes sumas de dinero para su sostenimiento. Entre los filántropos destacados podemos citar a Juan José Hontaneda, rico comerciante de Valparaíso que vivió preocupado de los pobres y finalmente legó su fortuna al hospital San Juan de Dios; Domingo Correa de Saa, que administró el Hospital San Juan de Dios, realizando numerosas mejoras por su cuenta; Tomás Eduardo Brown, que legó 200.000 pesos para la construcción de la Casa de Huérfanos de Valparaíso; la viuda de A. Edwards, Juana Ross, realizó innumerables donaciones en Santiago y Valparaíso.

Un último ámbito de desempeño público del empresariado fue su participación política. En los comienzos de la República, los que actuaban en la política eran los aristócratas de vieja raigambre y los personajes ligados a ellos. Después comenzaron a aparecer los nuevos empresarios y, más tardíamente, los descendientes de extranjeros. La participación de los hombres de la nueva elite empresarial —como José Tomás Urmeneta y Matías Cousiño— en la vida política nacional, cada vez se vuelve más importante en la medida que avanza el siglo pasado.

Por una u otra razón los principales capitalistas del Chile decimonónico estuvieron en el parlamento ocupando cargos de diputados o senadores y en el gobierno cargos ministeriales; sin embargo, ninguno de ellos estuvo cerca de ocupar la presidencia, a pesar del intento del empresario José Tomás Urmeneta en 1871. No existen estudios específicos sobre las relaciones entre los empresarios capitalistas y el sistema político chileno del siglo XIX, que nos hubieran permitido tener una visión más clara. Pero una rápida mirada a los miembros del parlamento chileno entre 1850 y 1930, muestra claramente que una gran mayoría de los parlamentarios provenía de importantes familias capitalistas y que, en general, éstos participaban activamente en el mundo de los negocios, en especial en el sistema financiero.

Efectivamente los principales empresarios capitalistas del país, durante el siglo pasado, ejercieron cargos parlamentarios y ministeriales. Podemos elaborar una larga lista para demostrarlo pero bastan dos ejemplos: los Edwards entre 1850-1930 tuvieron 13 miembros de la familia ocupando cargos parlamentarios; los Errázuriz 16, entre ellos dos presidentes de la República. Entre los principales empresarios capitalistas que fueron miembros del Congreso Nacional podemos nombrar a: José Tomás Urmeneta, Matías y Luis Cousiño, Melchor Concha y Toro, Pedro Nolasco Marcoleta, Nicolás Naranjo, Ramón Subercaseaux, Domingo Matte y muchos otros que sería largo enumerar⁷¹.

2.6 Conclusiones

El surgimiento de las jóvenes repúblicas latinoamericanas y su incorporación a la economía noroccidental capitalista, permitieron la penetración en la economía latinoamericana de la principal potencia económica europea, Gran Bretaña, que encabezaba la naciente Revolución Industrial en una nueva etapa del capitalismo. Las relaciones económicas que se establecieron entre las repúblicas latinoamericanas y las potencias europeas durante la primera mitad del siglo XIX, en especial, con Gran Bretaña, definieron el modelo de crecimiento de las economías latinoamericanas durante todo el resto del siglo y las primeras décadas del siglo presente.

Latinoamérica se presentaba como un gran mercado donde Gran Bretaña y las demás potencias que participaban de la Revolución Industrial podían volcar toda su producción manufacturera; pero, como esta relación no podía darse en un solo sentido, las economías

71. L. V. Avaria, Anales de la República, Santiago 1951.

Por una u otra razón los principales capitalistas del Chile decimonónico estuvieron en el parlamento ocupando cargos de diputados o senadores y en el gobierno cargos ministeriales; sin embargo, ninguno de ellos estuvo cerca de ocupar la presidencia, a pesar del intento del empresario José Tomás Urmeneta en 1871. No existen estudios específicos sobre las relaciones entre los empresarios capitalistas y el sistema político chileno del siglo XIX, que nos hubieran permitido tener una visión más clara. Pero una rápida mirada a los miembros del parlamento chileno entre 1850 y 1930, muestra claramente que una gran mayoría de los parlamentarios provenía de importantes familias capitalistas y que, en general, éstos participaban activamente en el mundo de los negocios, en especial en el sistema financiero.

Efectivamente los principales empresarios capitalistas del país, durante el siglo pasado, ejercieron cargos parlamentarios y ministeriales. Podemos elaborar una larga lista para demostrarlo pero bastan dos ejemplos: los Edwards entre 1850-1930 tuvieron 13 miembros de la familia ocupando cargos parlamentarios; los Errázuriz 16, entre ellos dos presidentes de la República. Entre los principales empresarios capitalistas que fueron miembros del Congreso Nacional podemos nombrar a: José Tomás Urmeneta, Matías y Luis Cousiño, Melchor Concha y Toro, Pedro Nolasco Marcoleta, Nicolás Naranjo, Ramón Subercaseaux,

Domingo Matte v muchos otros que sería largo enumerar71.

Conclusiones

El surgimiento de las jóvenes repúblicas latinoamericanas y su incorporación a la economía noroccidental capitalista, permitieron la penetración en la economía latinoamericana de la principal potencia económica europea, Gran Bretaña, que encabezaba la naciente Revolución Industrial en una nueva etapa del capitalismo. Las relaciones económicas que se establecieron entre las repúblicas latinoamericanas y las potencias europeas durante la primera mitad del siglo XIX, en especial, con Gran Bretaña, definieron el modelo de crecimiento de las economías latinoamericanas durante todo el resto del siglo y las primeras décadas del siglo presente.

Latinoamérica se presentaba como un gran mercado donde Gran Bretaña y las demás potencias que participaban de la Revolución Industrial podían volcar toda su producción manufacturera; pero, como esta relación no podía darse en un solo sentido, las economías

71. L. V. Avaria, Anales de la República, Santiago 1951.

latinoamericanas comenzaron prontamente a exportar diversas materias primas necesarias en Europa. Al mismo tiempo, Latinoamérica se presentaba como una región favorable donde invertir los excedentes de capital que generaba el notable crecimiento económico de las

potencias europeas.

Los principales puertos mercantiles latinoamericanos (Valparaíso, Buenos Aires, El Callao, Guayaquil, Rio de Janeiro) vieron la instalación de un enorme número de extranjeros que representaban a casas mercantiles foráneas, hombres de empresa, agentes de negocios y aventureros, que en un corto número de años desplazaron a los mercaderes locales del control del comercio de importación y exportación. Las nuevas casas mercantiles introducían las manufacturas europeas en los mercados latinoamericanos y, por otro lado, a través del crédito, estimulaban las áreas productivas que generaban productos de exportación, que ellos mismos se encargaban de comercializar en los mercados

europeos.

De esta manera, se produjo un ciclo de desarrollo económico (1830-1880) que tenía como base un modelo exportador, fuertemente dependiente de los mercados internacionales y del crédito de las casas mercantiles extranjeras para su funcionamiento; el que, sin embargo, permitió un desarrollo notable en algunas áreas económicas de las naciones latinoamericanas: mejoramiento del sector productivo exportador (minero o agropecuario), infraestructura urbana, transporte terrestre y marítimo (ferrocarriles y vapores), instituciones financieras y agricultura. Esto permitió el surgimiento de una nueva elite empresarial ligada al sector exportador, casas mercantiles extranjeras, banqueros y productores (extranjeros radicados y nacionales), que pasó rápidamente a representar a una burguesía emergente que tenía el control del sector más dinámico de la economía.

Desde la década del treinta la elite gobernante chilena cifra sus esperanzas de progreso en el comercio internacional, las facilidades para la instalación de extranjeros y el desarrollo de su comercio así lo demuestran. El desarrollo de un sector minero exportador y las transformaciones del puerto de Valparaíso como "emporio" comercial del Pacífico, confirman esta política. Se daba inicio así a una transformación del sistema económico nacional: se transitaba al capitalismo. Este proceso estuvo en manos de una nueva elite empresarial, conformada por empresarios nacionales y extranjeros, que desde un principio participan conjuntamente en el desarrollo de esta economía, dando origen a una burguesía que se va conformando como clase, y adquiriendo poder dentro de la sociedad chilena.

En el caso particular de Chile, la economía exportadora, a través

de la cual el país se integró al capitalismo europeo y norteamericano

fue la minería de la plata y el cobre.

Hacia mediados de siglo, la nueva elite empresarial, apoyada por gobiernos de corte liberal, inicia la transformación del sistema económico nacional: se dicta una nueva legislación económica y se emprenden nuevas inversiones que modernizan vastos sectores. Hacia la misma época se consolida una división del papel empresarial dentro del sector exportador, que se estructura en forma piramidal: en la cima, las casas mercantiles extranjeras toman el control del comercio de importación exportación y los empresarios nacionales –grandes, medianos y pequeños– la producción. De esta manera, en una posición dominante, las casas mercantiles extranjeras, mediante un complejo sistema, podían traspasar las pérdidas del negocio a los productores –en todos sus niveles– o, al contrario, tomar una parte de las utilidades.

A partir de la década de 1850, el nuevo sector empresarial nacional, (de origen minero y mercantil) apoyado por el extranjero, llevó a cabo una vasta gama de inversiones. Primero, sobre el sector minero exportador: mecanización parcial de la extracción minera, levantamiento de una industria de fundiciones, y en la minería del carbón, mostrando una tendencia hacia la especialización productiva y la modernización de este sector. En segundo lugar, al estilo de los viejos mercaderes coloniales, diversifican el resto de sus capitales en otras áreas de la economía: actividades financieras, con la fundación de casas de crédito, los primeros bancos y sociedades anónimas; transporte terrestre y marítimo, con los ferrocarriles mineros, el de Santiago-Valparaíso y Santiago al sur; nuevos caminos y líneas de vapores; mejoramiento urbano, con el alumbrado a gas de las principales ciudades, agua potable, nuevos edificios y palacios, tranvías; y actividades agrícolas, con nuevas máquinarias, levantamiento de viñas, molinos y canales de regadío.

Esta dicotomía representaba claramente el modo como enfrentaría el desafío de la transición al capitalismo el sector empresarial. Por una parte eran cada vez más necesarios mayores niveles de inversión sobre el sector exportador con el fin de modernizar la producción y disminuir los costos de producción para afrontar las bajas de precios; y, por otra, era necesario desplazar a las casas mercantiles del control de comercio de importación y romper la dependencia crediticia. Esto, sin embargo, significaba reinvertir las utilidades en el mismo sector con el consabido riesgo, situación que los empresarios no estuvieron dispuesto a asumir, y optaron por la vieja y "sabia" tradición colonial de diversificar sus utilidades. Es cierto que esta diversificación significó la modernización de

otros sectores de la economía, pero la base del desarrollo económico era puesta en una situación de alta incertidumbre.

A pesar de la diversificación, los empresarios nacionales, durante la década de 1860, tendieron hacia modernización de la economía, con la especialización productiva o financiera y la integración vertical de sus inversiones. Los principales empresarios comenzaron a destacarse en alguna actividad específica: Edwards era conocido como el "hombre de las finanzas", Urmeneta el "hombre del cobre", Cousiño el "hombre del carbón". Esta especialización e integración vertical u horizontal de empresas representaba un importante paso, por las posibilidades de innovación técnologica y de modernización administrativa, necesarias para el surgimiento de una alternativa industrializadora en el país.

Como Pinto y Ortega lo han señalado, la minería ofició como "motor industrializador" y en algún momento cabía la posibilidad de que la industrialización pudiera emanciparse de la minería. Pero para que esto sucediera, debían, los empresarios mineros, invertir fuerte y arriesgadamente en un proceso de este tipo. Sin embargo, la especialización fue más una tendencia que una realidad concreta. Los empresarios se encontraron con todo tipo de dificultades para avanzar en este camino: constante oscilación del precio internacional del cobre, fuerte dependencia crediticia de las casas mercantiles extranjeras, competencia sin restricción de manufacturas europeas, escasa educación y conocimiento técnico de los trabajadores nacionales. Además de su propia tendencia al consumo y el gasto superfluo.

Durante la década de 1870, el papel hegemónico de las casas mercantiles extranjeras sobre la economía exportadora se consolidaba totalmente, mientras el empresariado nacional —con la excepción de Agustín Edwards— continuaba con la diversificación de sus inversiones y una fuerte inclinación a la especulación financiera e inmobiliaria. Definitivamente no se había logrado conformar un sector industrial ni desplazar a las casas mercantiles extranjeras el dominio del comercio internacional; por el contrario, estas empresas extranjeras asumían el control del nuevo sector productor-exportador (salitrero) y de la producción de manufacturas internas que estaba surgiendo.

La burguesía nacional, a esta altura está conformada por la unión de familias de empresarios mineros y mercantiles, de empresarios extranjeros radicados y familias latifundistas. De esta forma, se había formado una elite que había logrado consolidarse como clase y conformar un patrimonio que, administrado prudentemente, permitía a las familias y sus descendientes mantener su alto nivel de vida. Sus intere-

ses derivan hacia la política, la cultura y las artes, dejando en manos del sector empresarial extranjero los sectores claves de la economía nacional, derivando ellos hacia la agricultura, la especulación financiera e inmobiliaria.